



II.

ENTREVISTA

ENTREVISTA A
ROBERTO DE LA OSSA THOMPSON
FUNDACIÓN DE
LA REVISTA DE RELACIONES INTERNACIONALES

Entrevista a Roberto de la Ossa Thompson

Acerca de la fundación de la Revista de Relaciones Internacionales,
realizada el 05 de mayo de 2015

¿Cómo nace don Roberto la Revista de Relaciones Internacionales?

En el mes de noviembre de 1973 y encontrándonos a pocos meses de inaugurar el curso lectivo de la Universidad Nacional se presenta a conocimiento del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Sociales para su debida aprobación, el primer programa de estudios de la Escuela de Relaciones Internacionales. Es precisamente con este programa de estudios que un día 25 de marzo de 1974 se inician las clases de la Escuela.

Para ese entonces la Universidad Nacional contaba con una Comisión Ad hoc presidida por el presbítero Benjamín Núñez. Pienso que esto vale la pena recordarlo ya que fue precisamente el padre Núñez, como cariñosamente le llamábamos, quién desde los primeros días de existencia de la Escuela, supo apoyar el esfuerzo pionero que realizábamos unos pocos académicos cuyo anhelo era crear un centro de estudios dedicados al análisis del acontecer internacional que viniese entre otras cosas a contribuir, al robustecimiento de nuestra política exterior.

Desde el inicio el padre Núñez era partidario de que la Universidad Nacional debía enfatizar la investigación y las publicaciones. En cada oportunidad que tenía no se cansaba de repetirlo. Muchas veces nos visitaba y preguntaba ¿cuándo? van ustedes a publicar el fruto de sus investigaciones. Pienso que fue esta insistente actitud de Núñez que nos motivó para que desde muy temprano hiciésemos ingentes esfuerzos por publicar todo aquello que por primera vez se estaba haciendo en este campo del saber en Costa Rica.

Surgen entonces algunos primeros documentos de estudio y algunos folletos particularmente relacionados con el contenido de los cursos y objetivos de la Escuela. Para ese entonces se da una circunstancia muy particular dentro de la Universidad Nacional y tiene que ver con la llegada de muchísimos académicos chilenos que se ven forzados a abandonar su país después del derrocamiento del presidente Salvador Allende. La Universidad Nacional en un acto de solidaridad acoge en su seno a gran cantidad de ellos aprovechando la magnífica formación que tenían particularmente en el campo de las Ciencias Sociales.

Para no cansarlos con la historia entre ellos encontramos a don Armando Jobet. Hombre de una exquisita cultura y de una sólida formación académica. Contaba a su haber con una larga trayectoria y formación académica. Sus cuatro licenciaturas y sus estudios de posgrado eran la mejor evidencia de que nos encontrábamos ante alguien muy especial. Sin embargo debo admitir que su mejor carta de presentación lo era su fino y agudo discurrir sobre el acontecer internacional. Su larga trayectoria y experiencia acumulada a lo largo de muchos años como reportero internacional durante la Segunda Guerra Mundial hacían de don Armado, la persona idónea para colaborar conmigo en la Revista.

Don Armado comprendió inmediatamente lo importante que era el contar con una Revista de Relaciones Internacionales y juntos nos dimos a la tarea de hacer realidad aquel sueño. Es así que para el segundo semestre de 1980 se publica el primer número. Años más tarde la dirección que compartió Armando conmigo pasa a manos de otros académicos quienes con el mismo entusiasmo y esfuerzo la continuaron y mejoraron hasta el día de hoy, 35 años después.

Cuéntenos un poco sobre las dificultades que en aquellos días enfrentaba la escuela para publicar un número de la Revista

Las dificultades eran numerosas y de muy variada naturaleza. El aspecto económico, era al igual que lo es hoy, el más delicado y grave obstáculo. En aquellos días la distribución presupuestaria para las distintas unidades académicas en el campo de las publicaciones era un asunto que se trataba directamente y en muchos casos personalmente. ¿Qué quiero decir con esto? Uno tenía que salir corriendo literalmente a conversar con la persona responsable de su asignación y muchas veces las directrices no estaban claramente establecidas. Aquello era un asunto delicado. La unidad responsable de las publicaciones tenía que hacer milagros para complacer en alguna medida las necesidades de todos y esto no era posible. Esto como bien comprenderán ocasionaba disgustos permanentes o alegrías que duraban poco. Sin embargo, y pese a las limitaciones presupuestarias de alguna manera uno iba cumpliendo con las metas propuestas y saliendo adelante.

Otra de las dificultades más notorias era la falta de capacidad instalada para poder cumplir con las distintas etapas que requiere el proceso de publicación. Durante mucho tiempo la imprenta de la Universidad sólo podía cumplir con ciertas cosas obligándonos a tener que ir afuera a buscar otras imprentas que contaran con la maquinaria necesaria e idónea para completar la revista. Esto era muy complicado porque muchas veces lo que hacía una imprenta no necesariamente encajaba con lo que hacía la otra. Esto ocasionaba y retrasaba el avance de la publicación.

La falta de publicaciones de calidad era otra de las dificultades constantes que tuvimos que enfrentar. La producción interna de la unidad académica era escasa. Debemos recordar que éramos pocos tratando de hacer muchas cosas a la vez. Esto nos obligaba a recurrir a intelectuales fuera de la Universidad Nacional tarea no siempre fácil de lograr. Por ser la Escuela una unidad académica muy joven y sólo contar con un muy reducido personal académico las investigaciones eran igualmente escasas.

En medio de aquella difícil situación dichosamente la Escuela recibió el apoyo económico del Proyecto de Estudios Regionales del Departamento de Asuntos Culturales de la Organización de Estados Americanos (OEA) que vino a facilitar y a robustecer el área de publicaciones. De toda aquella situación muchas veces precaria aprendí, que las cosas se pueden lograr cuando las personas están decididas y creen en lo que están haciendo.

Usted don Roberto ha señalado permanentemente que cuando se creó la Escuela de Relaciones Internacionales existían dos visiones distintas sobre el papel que debía cumplir ¿Podría usted ahondar más sobre esto?

Me gustaría comenzar diciendo que la creación en el año 1973 de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional obedeció fundamentalmente al hecho de que ya no se podía continuar omitiendo en la Costa Rica de esos años (principios de la década de los setenta), y mucho menos en la proyección de lo que se aspiraba para la Costa Rica del futuro; el impacto que tienen los problemas de carácter internacional sobre los asuntos que acontecen a nivel interno/nacional. Fue así y a la luz de una realidad tan evidente que la Comisión Ad hoc, que en ese momento fungía como la autoridad superior de la Universidad Nacional aprobó de manera definitiva el proyecto de creación de la Escuela de Relaciones Internacionales permitiendo de esta manera la inmediata apertura del primer programa de estudios en este campo.

Pese a esta histórica aprobación muy poco después surgen las primeras dificultades. Muchos de los que inicialmente le habían brindado su apoyo al proyecto –entre ellos el canciller de la República– lo habían hecho con la esperanza de que la Escuela se convirtiera a corto plazo en un centro para la formación de los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. ¡Las condiciones no podían ser mejores! Debemos recordar que la Comisión Ad hoc la presidía el presbítero Benjamín Núñez, y a la vez la comisión estaba integrada por tres ministros de Estado y cinco destacados académicos, miembros todos del Partido gobernante.

Esto es muy importante y no se puede pasar por alto. Pienso yo sin temor a equivocarme que el gobierno tenía intenciones claras de vincular estrechamente el quehacer universitario a la visión ideológica partidaria que en el momento se encontraba en control del gobierno de la República. Me refiero concretamente al Partido Liberación Nacional. Resultaba estratégicamente ventajoso vincular la universidad directamente con la formación de cuadros profesionales afines a un partido político. La Escuela de Relaciones Internacionales, el Instituto de Estudios del Trabajo y la Escuela de Planificación Social, son tres ejemplos concretos de lo que estoy hablando.

El enfrentamiento no se hizo esperar mucho tiempo. Un sector de distinguidos colegas, curiosamente abogados todos ellos, y en su mayoría ligados al Servicio Exterior de Costa Rica, defendió la tesis y la necesidad según ellos, de que la

Escuela de Relaciones Internacionales asumiera como tarea fundamental la formación de los funcionarios del Servicio Exterior. Indudablemente para ellos era evidente la necesidad de aumentar el número de funcionarios capaces de responder a los retos que el Estado costarricense debía enfrentar en años futuros.

No olvidemos que tanto en la administración Figueres (1970-1974) y Oduber (1974-1978) habían hecho del principio de la “universalización” de las relaciones diplomáticas el norte de su política exterior. Universalizar nuestra relaciones diplomáticas suponía al menos duplicar el número de funcionarios de la cancillería. En ninguna otra dependencia del Estado la ausencia de recursos humanos debidamente preparados era tan evidente como en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

Sin embargo, aquella visión que proponía el grupo de juristas, no era precisamente con lo que nos habíamos comprometido otro grupo numeroso de jóvenes académicos y mucho menos dicha visión concordaba con el espíritu y vocación de la Universidad Nacional. Aumentar el número de funcionarios preparados y erradicar los criterios de “amistad” y “nepotismo” que prevalecían a la hora de escoger a nuestros miembros del Servicio Exterior no se lograría convirtiendo a la Escuela en una dependencia más del Ministerio.

Quienes nos opusimos al proyecto que contaba con el respaldo de los círculos oficiales estábamos convencidos que la Universidad Nacional y su Escuela de Relaciones Internacionales representaban finalmente un modelo diferente de estudios universitarios. Miles de jóvenes costarricenses en un pasado marginados y sin posibilidad de llegar a las aulas universitarias lograrían realizar sus anhelos. Era precisamente con ellos con quien estaba comprometida nuestra responsabilidad. Defender la autonomía universitaria dentro de un marco de pluralismo ideológico era una de nuestra principales metas. Quienes defendimos esta tesis estábamos convencidos que la “misión y vocación” histórica de la Universidad Nacional consistía como bien fue planteado en su momento en promover la transformación social.

Haber ligado y supeditado como algunos pretendían a la Escuela de Relaciones Internacionales al Ministerio de Relaciones Exteriores hubiese socavado los principios en que precisamente se sustenta la autonomía universitaria. No hay que olvidar que quienes laboran dentro de la Cancillería son servidores públicos. El régimen que los cobija no les permite bajo ninguna circunstancia expresar sus opiniones personales cuando de la política exterior se trata. Su diario quehacer esta claramente determinado y enmarcado en los lineamientos del gobierno central y particularmente en las directrices que emanan del poder ejecutivo. Las tareas propias de quienes estudian relaciones internacionales

dentro de la universidad no solamente les permite plantear cuanta cosa se les ocurra sino que están permanente obligados a investigar los asuntos de carácter internacional, escribir sobre ellos y pronunciarse cuantas veces lo consideren oportuno privada como públicamente. Son dos cosas muy diferentes. Por fortuna prevaleció el concepto de autonomía universitaria y hoy el país cuenta con una robusta Escuela de Relaciones Internacionales que colabora cuando las circunstancias lo ameritan con el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. En pocas palabras “juntos pero no revueltos”.

¿Cómo calificaría entonces usted la relación de la escuela con la cancillería durante esos primeros años?

Yo las calificaría de tensas en un principio. Basta con leer algunos de los comentarios que hizo en su momento el canciller de la República don Gonzalo Facio S, para tener una idea de hasta donde había llegado el nivel de las aguas. Me refiero concretamente al primero de una serie de artículos publicados en el Semanario Universidad titulado “La Demagogia y la Profesionalización de los Diplomáticos en una Sociedad con Escasez de Recursos Humanos” en el cual el ministro Facio criticaba abiertamente la actitud demagógica que según él había asumido la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional.

Igualmente recuerdo ahora cantidad importante de editoriales, artículos y comentarios alusivos a la tensa relación que se vivía entre el Ministerio y la Escuela. Puedo cita ahora una entrevista que se le hace al entonces diputado Juan José Breal y que el Semanario Universidad tituló “Diplomáticos de carrera o a la carrera”. Podría igualmente citar algunos otros como el artículo que escribí como respuesta a los comentarios hechos por el canciller y que lleva por nombre “Un programa de Estudios en el campo de las Relaciones Internacionales”; o la serie de cinco extensos comentarios que me publicó el periódico La República tituladas “Reflexiones sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores”. En todos ellos queda claro que los primeros años definitivamente fueron difíciles. Pero como siempre sucede después de la tempestad llega la calma.

Poco a poco la escuela comienza a estrechar lazos con la Cancillería y se firman algunos convenios de cooperación que dan pie a una mejor relación entre ambas partes. Fijese usted que prácticamente todos los que fueron ministros de Relaciones Exteriores durante esos años participaron en tareas docentes en los cursos que se ofrecían a nivel de Bachillerato, Licenciatura o Maestría. Recuerdo

ahora los casos de Alfredo Vargas F, Gonzalo Facio S, Bernd Niehaus Q, Carlos José Gutiérrez G, Daniel Oduber Q, Rafael Angel Calderón F.

Lo mismo sucedió con muchos otros altos funcionarios de la Cancillería que como en el caso de Edgar Ugalde A, Albar Antillón S, Gerardo Trejos S, y Rodrigo Carreras J, se vincularon a las tareas propias de la Escuela desde muy temprano. Y la lista no acaba ahí. En pocas palabras todo esto fue permitiendo un mejor entendimiento entre ambas instituciones.

¿Pero no le resulta curioso don Roberto que unos años más tarde sea el propio Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto el que le busque a usted para que haga el Instituto del Servicio Exterior Manuel María De Peralta?

Sí y no. Decía mamá que “la vida da muchas vueltas y cuando uno menos lo espera salta la liebre”.

Muchos de los que inicialmente visualizaban una Escuela de Relaciones Internacionales vinculada estrechamente al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, y en función de la formación de los funcionarios del Servicio Exterior de la República terminaron dándose cuenta de que teníamos razón. A esto debemos sumar los beneficios que se desprendieron de la integración de tantos funcionarios de la Cancillería a las tareas propias de la Escuela. Todo lo anterior facilitó una mejor comprensión de los diversos proyectos que se trabajaban al interior de la Escuela de Relaciones Internacionales y entre los que destacaba uno en el que personalmente venía yo trabajando. Me refiero concretamente a la creación de un Instituto propio dentro de la Cancillería que pudiese enfrentar los retos de una futura diplomacia profesional.

Debo dejar claro que buena parte de lo que la Escuela hizo en pro de la creación del Instituto Manuel María De Peralta se debió al esfuerzo y dedicación particularmente de dos entrañables colegas sin cuya participación las cosas no hubiesen resultado tan exitosas como resultaron al final. Me refiero concretamente a los profesores José Nestor Mourelo A y Colón Bermudez C. Ambos dedicaron innumerables horas de trabajo a la más compleja parte de la carpintería que requería establecer un centro de esta envergadura. en Costa Rica. Su participación fue decisiva y de no ser por ellos difícilmente la barca hubiese llegado a puerto seguro.

¿A qué atribuye usted el haber logrado con tanto éxito la creación, organización y puesta en marcha del Instituto del Servicio Exterior?

Al apoyo decidido que recibimos de la administración Arias Sánchez. ¡Todo tiene su tiempo! Nada de lo ocurrido hubiese sido posible como lo he repetido muchas veces sin la expresa voluntad política de la administración Arias Sánchez.

La llegada de don Rodrigo Madrigal al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto establece un antes y un después en la historia de la Cancillería. Don Rodrigo fue siempre un acérrimo crítico del Ministerio. Aquí tengo conmigo un párrafo de una ponencia presentada por el Lic Madrigal Nieto a un simposium que organizó la Escuela de Relaciones Internacionales sobre América Central frente a la década de los Ochenta. En esa ponencia don Rodrigo sostiene y abro comillas “como es sabido el Ministerio de Relaciones Exteriores es un desastre. Se concibe como el refugio de los políticos descontentos, o, en su caso el exilio dorado de otros; el asilo de los parientes cercanos y de los amigos a quienes se debe complacer con unas vacaciones bien pagadas. Conociendo mucho, podríamos decir que uno de cada cien funcionarios quizá comprende realmente el significado de su misión” cierro comillas. Esto lo dice don Rodrigo años antes de ocupar el cargo de Ministro.

Igualmente puedo asegurar que la creación del Instituto no hubiera sido posible sin la presencia y empeño del licenciado Carlos Rivera Bianchini, viceministro de la cartera de quien recibí comprensión, apoyo y estímulo para sortear el universo de obstáculos que se presentaron.

Finalmente el apoyo que recibimos de la Universidad Nacional y en particular de la Escuela de Relaciones Internacionales fue fundamental para concluir con todo éxito la tarea que nos habíamos propuesto.

¿A que atribuye entonces usted don Roberto el hecho de que en la página del Instituto del Servicio Exterior de Costa Rica no se haga mención a la Universidad Nacional, a la Escuela de Relaciones Internacionales o a su nombre?

Bueno eso se lo deben preguntar al Director del Instituto Jorge Francisco Sáenz quién escribió la página. Claro que al igual que ustedes y tantas otras personas me llama mucho la atención que un historiador como Jorge Sáenz haya

intencionalmente querido soslayar los verdaderos antecedentes históricos del Instituto y más grave aún borrar y desconocer algo tan evidente y claro. ¡Sus razones tendrá! Después de todo él personalmente participó como miembro de la Comisión Organizadora que trabajó en el proyecto como consta en la publicación oficial hecha por el Ministerio de Relaciones Exteriores y titulada Instituto del Servicio Exterior de Costa Rica Manuel María de Peralta Antecedentes históricos y Estructura Orgánica y conoce mejor que nadie que lo escrito en esa página no se apega a la verdad.

Ahora que me hacen ustedes esa pregunta recuerdo algo que me será muy difícil de olvidar que me dijo don Rodrigo pocos minutos antes de dar inicio a los actos protocolarios con los que inauguramos el Instituto del Servicio Exterior de Costa Rica en el Teatro Nacional “Roberto espero equivocarme pero si hacer el Instituto te ha llevado doce años tratando de convencer a las tres administraciones anteriores puedes apostar y estar seguro que estaremos ambos bajo tierra y no se habrá logrado la meta de profesionalizar el Servicio Exterior en un 100%”. ¡Sabias palabras las de don Rodrigo!

La tarea no ha terminado. Todavía recientemente hemos visto como se continúa nombrando al personal del Servicio Exterior echando a mano a todo tipo de interpretaciones legales muy alejadas del verdadero espíritu para el cual fue creado el Instituto. Pasarán muchos años todavía para que Costa Rica logre acabar con las malas prácticas, y erradique de raíz muchos problemas que todavía enfrenta la institución. Yo tengo mucha fe en que las nuevas y futuras generaciones sabrán dar cuenta de cómo en verdad nació el Instituto y de quienes fueron sus principales enemigos.

Finalmente ¿cómo se siente usted sabiendo que le correspondió liderar la fundación de dos instituciones tan importantes para el país como lo son la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y el Instituto del Servicio Exterior de la República Manuel María de Peralta?

Confieso que me siento muy orgulloso de haberme dedicado a la enseñanza y al haberme dedicado a ella como profesor universitario por treinta y tres años de mi vida. Confieso también que igual o más orgulloso me siento de haberlos podido cumplir en la Universidad Nacional y sobre todo y muy particularmente en la Escuela de Relaciones Internacionales. Pienso ahora, ahora que ya estoy pensionado; ahora que he puesto punto final a esta maravillosa y alucinante

aventura académica, ahora que he cerrado el “Diario” de esa extraordinaria vivencia e iniciado el viaje final hacia a las estrellas que sí tuviese que volver a nacer estaría gozoso de servirle una vez más a la universidad y a ésta la Escuela de mis amores.

Me llevaría literalmente semanas referirme a todas las cosas buenas y especiales que me dio la Escuela a lo largo de tantos años. Sin embargo, y con el afán de responder a su pregunta haré hincapié en tres de ellas que me marcaron para siempre y dejaron en mi persona una visible e indeleble huella.

Primero, el haber sido parte de aquel inolvidable grupo de jóvenes académicos universitarios que participamos en la construcción de los primeros andamios de la Universidad Nacional, institución de Enseñanza Superior que irrumpe vigorosamente a la vida nacional poniendo coto y punto final al añejo monopolio de la Educación Superior costarricense, así como al haber apoyado, con enorme estoicismo el movimiento de la “Universidad Necesaria” cuyo máximo líder y proponente lo fue el Presbítero Benjamín Núñez.

Segundo, el haber tenido la oportunidad de contribuir a la puesta en marcha por primera vez en Costa Rica de una carrera de Estudios Internacionales cuyos frutos los tenemos hoy todos a la vista y cuyo impacto ha hecho posible que muchas otras universidades del país hayan comenzado a realizar esfuerzos semejantes. Hoy por hoy son numerosos los ejemplos de jóvenes costarricenses quienes desde diferentes trincheras del quehacer nacional defienden los intereses de Costa Rica frente al mundo. El proceso de la “internacionalización de la mente” de los costarricenses como me gusta a mi llamarlo es hoy una realidad que no tiene marcha atrás.

Tercero y finalmente me siento muy agradecido y orgulloso con la vida de que me haya correspondido en suerte el inmerecido honor de haber comenzado la materialización y el establecimiento en Costa Rica del Instituto del Servicio Exterior Manuel María De Peralta. La idea de una diplomacia profesional costarricense ya ha echado vigorosa raíces y ha comenzado a constituir parte fundamental del Estado. El haber podido de alguna manera contribuir a que se comprenda con claridad que Costa Rica no puede continuar con una política de cara al mundo sino cuenta con un Servicio Exterior moderno y profesional me hace sentir que todo el esfuerzo valió la pena..